

LA CAZA DE LA PANTERA

LA CAZA DE LA PANTERA

Mónica V.T.

Autora: Mónica V.T.

Diseño de portada: Mónica V.T.

ISBN: 9789403625263

© 2021 Mónica V.T.

CAPÍTULO 1

MIAMI

Todos estaban reunidos en el despacho del capitán Richard McGraw.

—El FBI no ha encontrado al francotirador, saben que se trata de un profesional, encontraron la posición desde la que realizó el disparo a más de quinientos metros de distancia. Han descartado que fuera un asesino enviado por La Familia. Pero no saben nada más sobre él —detalló el capitán.

—Es decir, que sigue libre por ahí afuera —afirmó Michael.

—¿Y si pretende terminar su trabajo? —añadió Bruce.

—Tenemos que estar al tanto. Debemos llevar esto en absoluto secreto. Belle no debe saber que aún podría seguir en peligro. Podría decidir ir en su busca y no es lo mejor para ella —aconsejó Michael.

—Bruce, tú eres el único que puede estar con ella sin que sospeche nada, no podemos ponerle escoltas ni vigilancia, ella se daría cuenta y sabría que algo no anda bien. Por eso te he llamado. Eres

el único que la puede proteger fuera de las horas laborables —dijo el capitán.

—Por supuesto, claro que lo haré, además... la quiero, es mi vida y haré todo lo necesario para mantenerla a salvo. Todo.

El ascensor se abrió y Mabelle salió andando con paso firme. Llevaba un traje sastre de pantalón y chaqueta blanco y una blusa azul turquesa, la estilizaba y le aportaba elegancia. Todos dejaron de hacer las tareas con las que estaban y la miraron con admiración y sorpresa ya que no esperaban que se reincorporase tan pronto.

Se detuvo al lado de su mesa y recordó la primera vez que llegó. Miró hacia el despacho del capitán y a través de los cristales veía que estaban reunidos. Tocó a la puerta y entró.

—¡Vaya!... que bienvenida... hasta estás tú, Bruce.

—Sí, no quería perderme este momento tan especial e importante —dijo como excusa.

—Bienvenida St. James. Todos nos alegramos de tenerla de nuevo aquí aunque pensamos que es un poco pronto y que debería descansar, y tomarse un tiempo más de convalecencia después de haber estado tan grave. Pero bueno, ya conocemos todos su forma de ser. Esta es su

nueva placa. —El capitán se la entregó con orgullo.

—Gracias, señor. —Belle la tomó en su mano y la miró fijamente al tiempo que la acariciaba con su dedo pulgar.

Todos la abrazaron y le dieron la mejor bienvenida que podían ofrecerle.

—Quizás no sea la ocasión apropiada pero tenemos que anunciaros algo. —Elena miró con cariño a Ramón.

—Elena y yo vamos a casarnos y quiero que asistáis todos.

—¡Felicidades! —dijeron todos.

—¿Y para cuándo? —preguntó el capitán.

—Dentro de una semana —respondió Elena.

—Bueno, es hora de volver al trabajo —ordenó el capitán.

En un lugar cuya situación se desconoce...

En una habitación oscura, unas bombillas de luz cálida muy tenue iluminaban algunas zonas. Allí, se encontraba un individuo limpiando su rifle. Solo se percibía su silueta en la sombra. Se distinguían una mesa, unas sillas, una cama, unas viejas cortinas tapando las ventanas... ningún lujo.

En una pared se vislumbraba un tablón con una serie de fotografías de varias personas, notas, cordeles entrelazando varias imágenes, mapas... lo que más destacaba por su tamaño y por su x en rojo sobre el rostro estaba en el centro. Era una foto en blanco y negro de una mujer, Mabelle St. James.

La semana transcurrió rápida entre las nuevas investigaciones por un lado y los preparativos de la boda por el otro, llegando el esperado gran día.

La iglesia ya estaba decorada para la ocasión con flores blancas y en el restaurante donde se iba a celebrar el banquete andaban a cien por hora para tenerlo todo perfecto.

Bruce y Belle se estaban ya arreglando para asistir al enlace.

—¡Qué guapo estás!, te sienta muy bien el traje.

—La que de verdad está hermosa eres tú. Te queda precioso ese vestido de encaje de color azul. —Bruce la observó con ojos de enamorado.

—Gracias. Bueno, ya estamos listos, es hora de irse si no queremos llegar tarde a la ceremonia.

Todos los invitados se encontraban ya sentados cuando la música comenzó a sonar.

Elena entró de la mano de su padre. Su vestido blanco de raso la realzaba todavía más que de costumbre. Ramón la esperaba nervioso ante el altar.

Bruce miraba a Belle soñando que él estaba en el altar y ella, su amada vestida de novia acercándose... tal vez algún día se hiciese realidad.

Belle miraba a Bruce recordando lo sucedido en la boda de su mejor amiga... ellos murieron por los disparos de una vengadora que terminó muerta. Esperaba nerviosa que esta vez todo terminase de forma diferente.

La ceremonia de la boda se celebró sin ningún contratiempo. Todos se dirigieron al lugar donde se celebraría el banquete y la fiesta de baile. Todos disfrutaban del evento. Belle se sentía más relajada y se entregó a la diversión que conllevaba este tipo de festejos dejando atrás el pasado.

Los recién casados abrieron el gran baile con la canción "Bailar pegados" de Sergio Dalma.

—¿Estás bien?, has estado muy callada durante toda la ceremonia. Has recordado lo de Gwendy ¿verdad?

—Sí, ahora ya estoy tranquila.

Él se levantó y le ofreció a ella su mano para salir a bailar la romántica canción. Se miraban cariñosamente.

—¡Míralos!, como dos tortolitos —dijo Ramón.

—Se quieren mucho, no hay más que verlos. —Se alegraba Elena.

—Tal vez necesitan un empujoncito para juntarse.

—Sí, ya lo creo, y sé como hacerlo.

Durante toda la tarde hubo baile, risas, la entrega del ramo, la liga... nada podía faltar en un día tan especial.

Era ya bastante tarde cuando los invitados empezaron a marcharse para dar por finalizado el evento.

Bruce y Belle se dirigían a casa en el Jeep.

—Menuda es Elena, mira que tirarme aposta el ramo de flores...

—Tal vez es que tienen ganas de que te cases.

—No, no puedo, este trabajo es peligroso, mi vida es complicada, siempre hago daño a las personas a las que quiero o acaban muertas. No quiero...

—A mí no me has hecho daño. —La interrumpió.

—Sí, sí que te lo hago constantemente, hasta te dispararon por mi culpa. Sé que me amas y yo no te correspondo y eso también te hace sufrir.

Bruce frenó el vehículo en seco.

—Calla, no digas nada. —Le tapó la boca delicadamente con el dedo índice de su mano derecha. Se aproximó a ella, descendió con su mano hasta el cuello y con el dedo pulgar acarició su pómulo. Sus labios se rozaron. Ella le miró a los ojos, luego a los labios y de vuelta a los ojos. Se besaron dulcemente durante unos momentos.

—¿Recuerdas cuándo te pedí que te casaras conmigo? Me respondiste que sí. Ahora no te puedes retractar.

—No recuerdo eso, ¿cuándo ha sido? —preguntó Belle al tiempo que miró hacia la calle, no podía mirarle fijamente a los ojos porque le estaba mintiendo, no quería cumplir aquella promesa.

—Hay cosas que no recuerdas desde... ya recordarás —dijo animándola.

—Sí, desde que me dispararon.

Bruce puso el todoterreno en marcha y en pocos minutos llegaron a casa. Entraron, subieron las escaleras y se dieron las buenas noches para irse cada uno a su habitación. Pero él ya no podía contenerse más, casi la perdió y ahora que no recordaba parte de lo sucedido podía ser que nunca estuviese a su lado. Ella le quería con locura y tampoco quería que sufriera, o le tomaba o le dejaba ir para siempre sin volver a verse más.

La situación tenía que romper por algún lado y escoger una de las dos opciones, ya no se podía retrasar más la toma de decisión. Ella recordó lo que su padre había dicho al final de la grabación de la cinta que le había dejado: "Bruce... bueno, tú tienes toda mi bendición.". «¿Acaso mi padre conocía sus sentimientos y estaba de acuerdo?... él nunca se equivocaba», pensó ella.

Bruce entró detrás de ella en su cuarto y cerró la puerta. A su mente acudió la canción "Despacito" de Luis Fonsi y Daddy Yankee. Ella quería huir pero no podía. Se dio la vuelta y él la arrimó contra la pared y la besó, la levantó contra sí mismo y ella entrelazó sus piernas en su cintura.

Belle quiso resistirse, aferrarse a la seguridad de su coraza, pero al fin se desprendió de ella para entregarse a los deseos físicos más fervientes de su corazón.

Sus besos eran apasionados. Él dejó que los pies de ella se posaran de nuevo en el suelo. Se quitó presuroso la camisa y después, delicadamente, le quitó a ella el precioso vestido cayendo al suelo y dejando al descubierto su moreno y esbelto cuerpo casi desnudo del todo.

Ella le desabrochó el pantalón sintiéndolo abultado. Los besos continuaron con ellos dos juntos, tumbados sobre la cama, mirándose, conociéndose, acariciándose, tocándose.

Bruce recordó lo que le había contado aquella noche, en aquella casa aislada en el desierto de California, e iba a hacer alarde de toda su caballerosidad y delicadeza.

Sus besos y sus manos fueron descendiendo por su cuerpo, acariciando su cuello... sus senos... su vientre... acariciando y sintiendo su suave piel... hasta llegar a la montaña cubierta por una capa de nieve de encaje blanco.

Con sus dedos tomó las dos tiras laterales y muy despacio fue descendiendo por sus piernas y la despojó de la nieve desvelando todos sus encantos más íntimos.

Escaló la montaña e inspeccionó con su lengua todos los rincones hasta llegar a la cueva. Ella gemía de excitación en voz baja y sus manos retorcían las puntas de la almohada que tenía debajo de su cabeza.

—Bruce...

—Sí, ya sé... despacito.

Introdujo su dedo en la cueva muy despacio, Belle se irguió un poco nerviosa y miró

lo que Bruce le hacía. Él la tranquilizó y se tumbó de nuevo.

Su lengua y su dedo siguieron jugando en la montaña y en la cueva hasta que vio que estaba muy humedecida y preparada.

Su caballo al fin iba a entrar despacio a la oscura y humedecida cueva. Ella sintió dolor, él lo notó y frenó, luego continuó avanzando más hasta el final.

Sus cuerpos se revolvían en la cama, contorsionándose, ella jadeaba de placer, disfrutando más allá de los límites de la pasión. Y al fin los dos descansaron juntos.

Por la mañana, Belle se despertó primero y cuando se iba a levantar Bruce la sujetó.

—¿A dónde vas?

—Tengo que levantarme, esto ha sido un error.

—No, no puedes decir eso, nos queremos y nos hemos entregado el uno al otro.

—No debí ser tan débil, esto no es bueno para ti ni para mí, esto nunca debió pasar. —Comenzó a llorar.

Bruce la atrajo hacía sí y la abrazó. Con su mano tomó su rostro para que le mirase a los ojos.

—Tienes miedo de aceptar que me amas ¿verdad?

—No quiero perderte ni tampoco hacerte daño.

—Tú no puedes hacerme daño, tu corazón es puro y nunca me perderás si tú no quieres.

—Yo... tengo miedo por ti. Si algo te pasara...

Bruce la besó apasionadamente y la abrazó, ella apoyó su cabeza sobre su hombro. Él también tenía mucho miedo de perderla... y sabía que ella sí estaba de verdad en peligro.

—Voy a ducharme, tengo que ir a trabajar. —Se levantó. Bruce la miró alejarse.

—¿Quieres que te acompañe?

—Si lo haces llegaría tarde —respondió con una sonrisa.

Una vez salió de la ducha, se vistió y bajó. Él le tenía el desayuno listo.

—Eres increíble ¿sabes?

—Me gusta cuidarte y mimarte.

Ella le miró cariñosamente y le besó en la mejilla.

—Bruce, no quiero que me abandones, dime que nunca me harás lo mismo que hizo mi madre.

—Belle, te prometo que siempre estaré a tu lado. Es esa la razón por la cual no querías dejar salir a flote tus sentimientos por mí ¿verdad?

—Sí, eso y que no quiero que te hagan daño por mi culpa.

—Belle, estaremos siempre juntos —le dijo al tiempo que se acercó a ella, acarició su rostro y le dio un beso apasionado.

Después, Belle salió de casa, subió a su coche y Bruce miró como se alejaba.

Llegó a la Brigada, todos se reunieron para la orden del día. Revisaron los sucesos y se pusieron en marcha, cada uno con su respectivo caso asignado por el capitán.

CAPÍTULO 2

Estos días no podrían contar con la ayuda de Ramón y Elena, que se tomaron unos días libres por su luna de miel y la carga de trabajo extra tendrían que sobrellevarla entre todos los demás.

ANFITEATRO DE BAYFRONT PARK MIAMI

—¿Estás seguro de que va a venir? —le preguntó Mabelle a Michael.

—Sí, eso espero, dijo que tenía la información sobre el intercambio, si me falla se las verá conmigo.

Minutos después un chico en patinete se aproximó a ellos y dejó caer al suelo una bolsa de papel hecha pelota al pasar justo por delante de ellos.

—Listo —dijo Michael mientras cogía la bolsa y la desplegaba. En ella estaba escrita una dirección, un día y una hora.

—Tenemos que prepararlo bien, los Everglades es un sitio enorme donde es fácil la huida.

En un lugar de situación desconocida...

En la penumbra de la habitación, una persona se pasea delante de las fotografías, las mira como si se tratase de un cazador en busca de su presa. Al lado de la foto de St. James aparece la de un hombre sobre la cual lanza un dardo dando en el blanco de su siguiente presa.

EVERGLADES MIAMI Martes 2:00 p. m.

Todos estaban en sus puestos, vigilando la llegada de los narcotraficantes para atraparlos. El intercambio se iba a llevar a cabo en breves instantes.

Dos hidrodeshlizadores hicieron aparición a la hora pactada. Dos hombres corpulentos descendieron de cada uno de ellos.

—¿Has traído la mercancía?

—¿Y tú el dinero?

—Puedes comprobarlo, está todo.

—Bien, perfecto, ahí tienes lo acordado.

—¡Alto, Miami Antivicio! ¡Todos quietos!

En ese instante comenzó el enfrentamiento, los disparos volaban por todas partes. Dos de ellos pretendían huir en uno de los

hidrodeslizadores y dos agentes comenzaron la persecución en el otro. Recorrían las aguas por las rutas de los Everglades. Se disparaban hasta que una bala de uno de los policías acertó a dar en un bidón de gasolina provocando su explosión y posterior incendio. Sus ocupantes saltaron y terminaron en el agua siendo después apresados por ellos.

Otros cuatro agentes iban corriendo detrás de otros dos delincuentes que huían y después de una larga distancia recorrida también les atrapaban.

Michael y Belle se ocupaban de otros dos criminales consiguiendo apresarlos y detenerlos aunque para ello terminaron cayéndose y peleando dentro del agua. Los sacaron y los esposaron.

Al llegar a la brigada seguían empapados. Cuando entraron les miraban casi riéndose por las pintas que traían.

—Será mejor que se cambien, después quiero el informe sobre mi mesa —les indicó el capitán.

—Vaya, como no, siempre con prisas. —Michael estaba serio.

—Ya, este hombre es así. —Mabelle prefería reírse.